

# MACIZO DE PEÑALARA

## DESCRIPCIÓN GEOGRÁFICO-GEOLÓGICA B ITINERARIOS

por

CARLOS VIDAL Y BOX

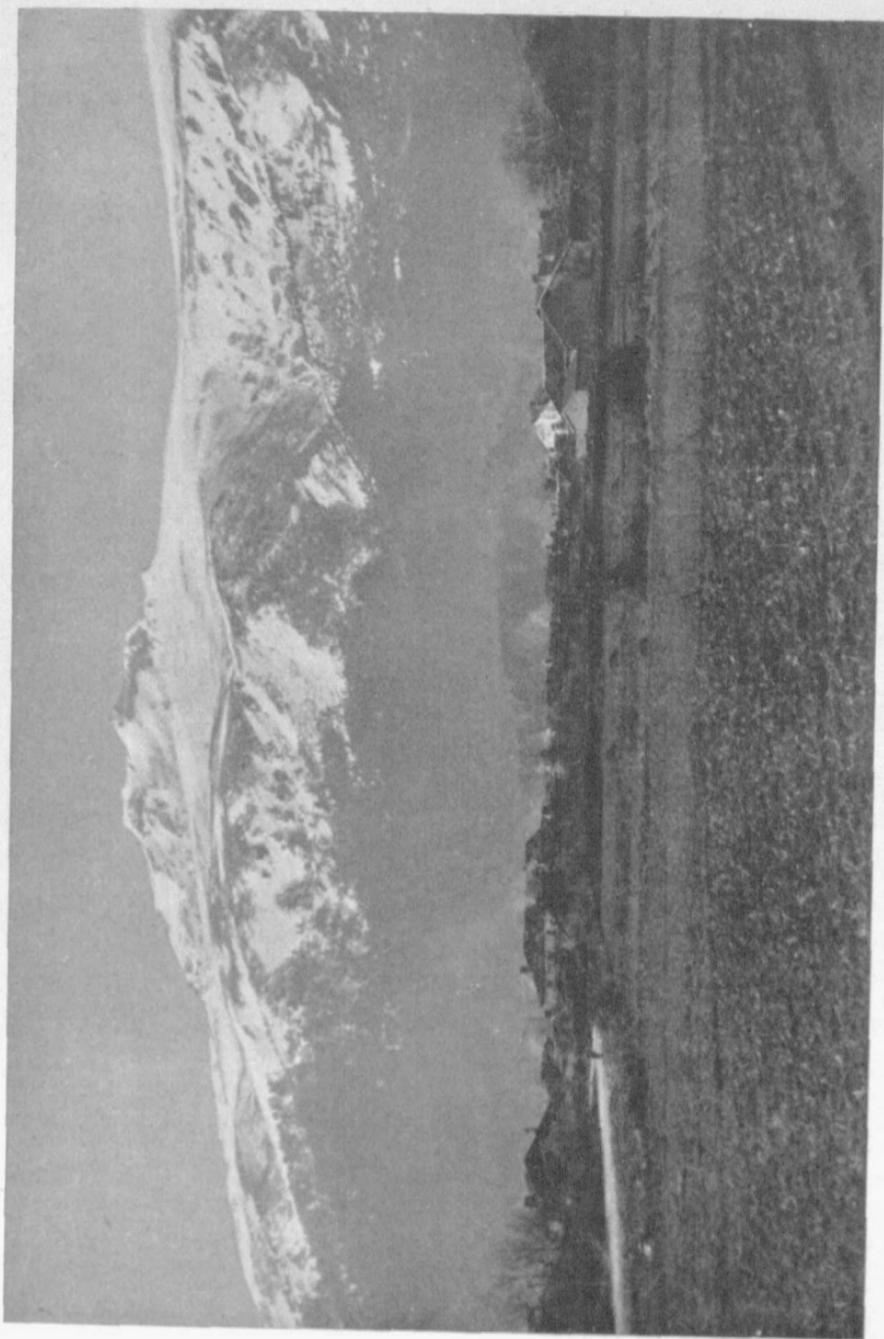
Profesor Ayudante de Geografía de la Universidad Central.

**GEOGRAFÍA Y GEOLOGÍA.**—De la larga alineación montañosa, que con el nombre de cordillera central atraviesa la meseta ibérica hasta enlazarse a poniente con las portuguesas sierras de Gata y de la Estrella, es el macizo de Peñalara (2.430 metros), la segunda cumbre a considerar en el orden de jerarquía de altitudes; solamente al oeste, en la vecina sierra de Gredos, culminan a alturas superiores las crestas del imponente circo.

Peñalara es un macizo montañoso de elevado y majestuoso relieve que se alza en la avanzada occidental de la septentrional alineación guarrameña, en la cabecera del amplio y frondoso valle del Lozoya.

La sencilla cresta montañosa que de los conocidos Siete Picos se deprime momentáneamente en el puerto de Navacerrada (1.860 m.), se ramifica, pasado éste, en una corta estribación meridional, cuyo extremo es la agreste Maliciosa (2.227 m.); otra media que, culminando en las Cabezas de Hierro (2.383 m.), se prolonga hacia saliente con el nombre de Cuerda Larga, y, por último, otra, septentrional, que, deprimida en su nacimiento (puerto de los Cotos o del Paular, 1.830 m.), da origen a Peñalara y pone en comunicación el valle del Lozoya con la incomparable cuenca del río Valsaín.

Si contemplamos Peñalara desde el citado puerto de Navacerrada, el aspecto que presenta es el de una montaña cu-



El macizo de Peñalara desde Rascafría, en el valle del Paular.

(Fot. J. Tinoco.)

yas estribaciones al norte, apoyadas en las amarillentas y pardas tierras de Segovia, ascienden en laderas de suave inclinación, culminan en convexa calva y descienden al mediodía con mucha más pendiente, que en el flanco que mira al valle del Lozoya se convierten en rapidísimos acantilados y desgarrados barrancos, que la erosión ha dado más bruscos perfiles.

Por el contrario, la impresión que se recibe desde la Granja, en su falda norte, es poco agreste; las pendientes moderadas y la abundante vegetación dan sensación más tranquila y sosegada.

Peñalara, como la mayor parte de los relieves del Guadarrama, está formada por esa roca hojosa, producto de intensas transformaciones acaecidas en el interior de la corteza terrestre, llamada neis, primitivo material al cual se añadió más modernamente el granito, rejuveneciendo la fisonomía, ya ajada y corroída por el transcurso de los largos períodos geológicos. Esta última roca, tan conocida por los múltiples usos que se la da, es fácil verla formando potentes masas, que destacan por su más clara coloración, englobando con frecuencia filoncillos de cuarzo con minerales tan interesantes como el cristal de roca y las negras y brillantes agujas de turmalina.

Desde el punto de vista científico, el macizo de Peñalara ostenta tres particularidades interesantes: anomalías en su arquitectura geológica, los circos de erosión glaciaria y las lagunas.

Las montañas tienen su arquitectura mucho más complicada que la más compleja construcción humana, y, como suele ocurrir en ésta, puede haber accidentes y hundimientos originadores de colosales modificaciones en la topografía. En Peñalara, a lo largo de la cota 2.000 metros, se percibe perfectamente una dislocación tectónica, un hundimiento cuya consecuencia es ese acantilado de sombrío aspecto, jalonado en su recorrido por los valles glaciares y pequeñas lagunas de montaña.

Si recorriendo uno de los itinerarios de visita al maci-

zo (que después expondremos), nos detenemos un momento en el refugio Zabala y contemplamos el paisaje que desde este punto se nos ofrece, veremos extenderse en primer término, al pie de la cornisa en que está edificada la rústica construcción, verdes praderas, surcadas por multitud de re-



*(Fot. F. Hernández-Pacheco.)*

Las Cabezas de Hierro, desde la base del macizo de Peñalara, en el puerto de los Cotos,

gatos, que mantienen durante el estío abundante ganado; más al fondo el valle, regado por el Lozoya, cubierto por espeso pinar y encuadrado en el horizonte por la airosa silueta de Valdemartín, Cabezas de Hierro, Cuerda Larga y la Najarra.

En parte, contemporáneos del hombre primitivo que fabricaba las hachas y otros instrumentos de pedernal, que hoy día se encuentran entre las arenas del valle del Manzanares, se sucedieron en los albores de los cuaternarios tiempos unas

alternativas de períodos de frío y de calor distanciadas por enorme interregno de tiempo, durante los cuales el aspecto del paisaje y la vida eran distintos en los lugares afectados. Los geólogos cuentan en Europa cuatro períodos de descenso de temperatura, cuatro glaciaciones durante las cuales los hielos cubrían comarcas que actualmente están lejos del nivel de las

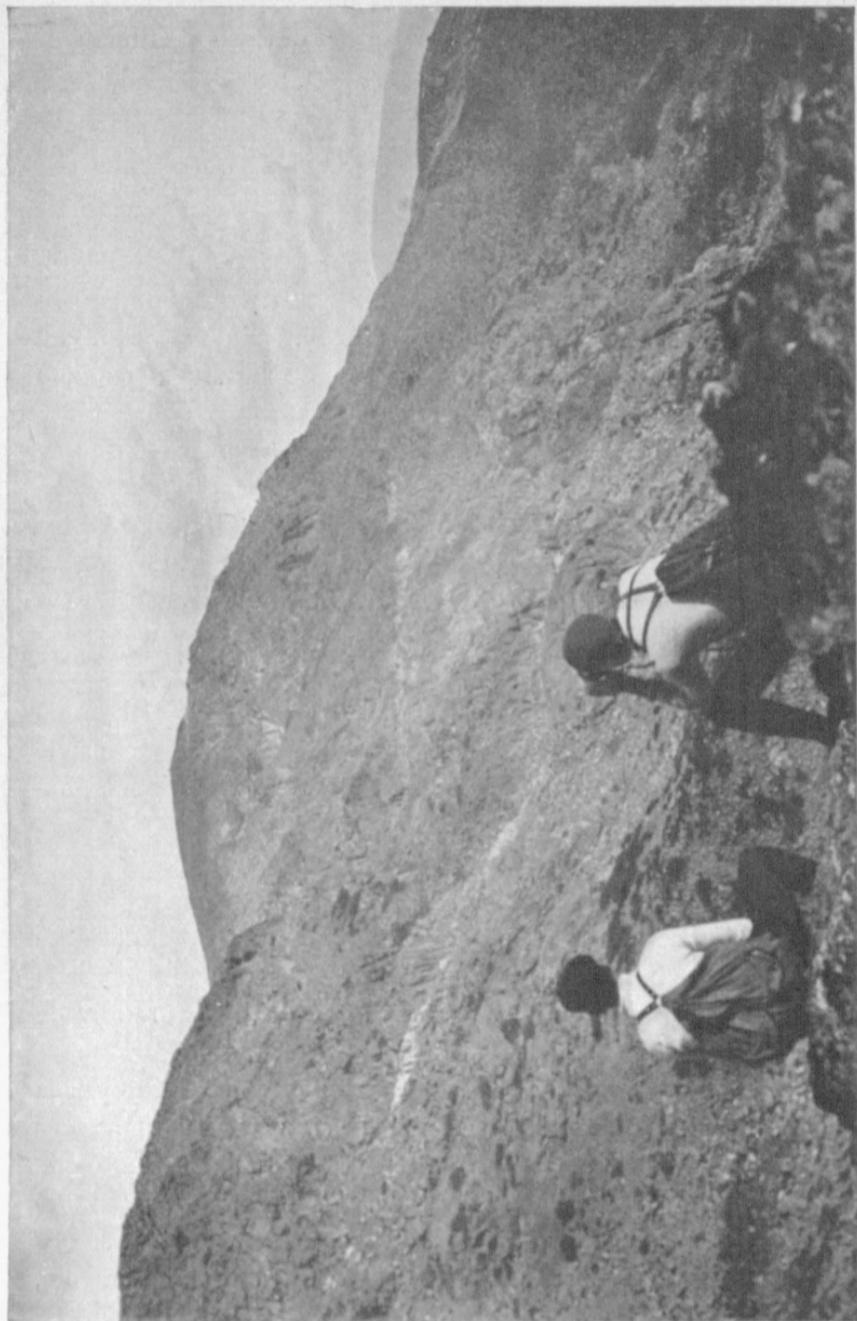


(Fot. F. Hernández-Pacheco.)

El macizo de Peñalara desde las Guarramillas.

nieves perpetuas, focos glaciares cuyo recuerdo es la huella indeleble que sobre la peña dejó la lima de hielo del glaciar.

En aquellos lejanos tiempos, el límite de las nieves perpetuas descendía 430 metros, aproximadamente, por debajo de la cumbre de Peñalara, estando actualmente de 770 a 870 metros por encima de su cúspide, y la enorme masa de nieve precipitada, concentrada por los aludes en cuencas cerradas, como la Hoya de la Laguna Grande, se transformaba en plástico hielo, y descendiendo lentamente al valle, arrastraba cuanto se oponía a su paso, rebajando y bruñendo cres-



El circo y cumbre de Peñalara en verano.

(Fot. F. Hernández-Pacheco.)

tas labrándose un típico cauce que en los tiempos actuales, libre de hielos, está cubierto por las praderías antes mencionadas.

Cuatro lenguas glaciares descendían del macizo en aquellos alejados tiempos, cuyas cuencas de alimentación eran las actuales Hoya de la Laguna de Peñalara, Hoya de Pepe Hernando y región del Risco de los Pájaros.

El antiguo glaciar arrastraba, como los actuales de los Pirineos y de los Alpes, piedras, arenas y barro, que iba acumulando en sus bordes, y al final, en el lugar de la fusión del hielo. El resultado son aglomeraciones de rocas y tierra que se disponen en alargadas lomas, llamadas «morrenas».

Desde donde nos suponemos situados se ve parte de una «morrena» en forma de colina alargada, que, apoyándose en el acantilado por debajo de Dos Hermanas, baja hasta los 2.000 metros, da la vuelta hasta tocar otra vez en el cantil, a saliente de la Laguna Grande, postrera reliquia de la última glaciación alpina.

Detrás del refugio, en dirección a la cumbre, la meseta peñascosa en que está edificado el albergue se convierte en un imponente canchal, desde el cual, y en el fondo, divisase la laguna, rodeada de informe peñascal y encuadrada por el imponente y sombrío acantilado.

Aguas grises las de la laguna, de escasa impresión optimista, parece su contemplación recordar antiguas consejas, muy arraigadas entre los pastores y gentes del valle, antiguas leyendas preñadas de tétricos relatos, en los que aparece la inofensiva laguna como monstruosa divinidad, devoradora de zagales y pastoras.

La Laguna de Peñalara, típico recipiente excavado por la acción erosiva del glaciar cuaternario, situada a 2.021 metros de altitud, tiene forma sensiblemente ovalada: 117 metros de largo por 80 de ancho; su área es próximamente de 8.860 metros cuadrados y su profundidad va creciendo desde la orilla sureste hacia el norte, donde, cerca del canchal limitrofe,

alcanza en algún punto hasta 6 metros. Sus aguas permanecen heladas una buena parte del año, vertiéndose en la orilla meridional por fresca torrentera que, unida a los arroyos nacidos en las mesetas bajas de las Mesillas y Corral de Redondillo, constituyen el naciente río Lozoyá.

Es en el dantesco y ruinoso circo de la Laguna Grande



*(Fot. F. Hernández-Pacheco.)*

Laguna de Peñalara en verano.

lugar donde se aprecia la destructora acción de la intemperie. El caótico canchal no es otra cosa que las ruinas de muros, cornisas y crestas que los cambios de temperatura y el hielo han hecho saltar en pedazos; después, el agua transforma ciertos elementos de la dura roca en deleznable arcillas, que con las arenas es arrastrada al valle por las torrenteras, modesta forma a que han llegado los materiales que constituyeron el altivo picacho.

La visión en pleno invierno del lugar, cuando la laguna

está helada, cubierta por espesa capa de nieve, y de las cornisas pende el hielo en transparentes estalactitas, es algo que parece recordar las altas regiones de las elevadas cordilleras, con el ambiente lleno de luz deslumbradora de las nieves he-



(Fot. J. Tinoco.)

Laguna de Peñalara; nubes y hielos de otoño.

ridas por los rayos de un sol desconocido en las bajas zonas de los valles.

El principal elemento formativo del paisaje es, pues, el roquedo, que se impone e imprime a la fisonomía de la región el ceño adusto y severo de las zonas de alta montaña.

Coronado por el propio Pico de Peñalara, ábrese otra cuenca, la llamada Hoya de Pepe Hernando, resto perfecta-

mente conservado de otra pretérita lengua glaciaria. Pasada ésta, divísase en dirección norte el Risco de los Pájaros, en cuya base, rodeada de verdes praderas, hállase, a los 2.170 metros, la riente laguna del mismo nombre. Diferencia notable hay entre esta laguna, de alargada forma, rodeada de prados, trampales y turberas, y el severo aspecto de la Laguna Grande.

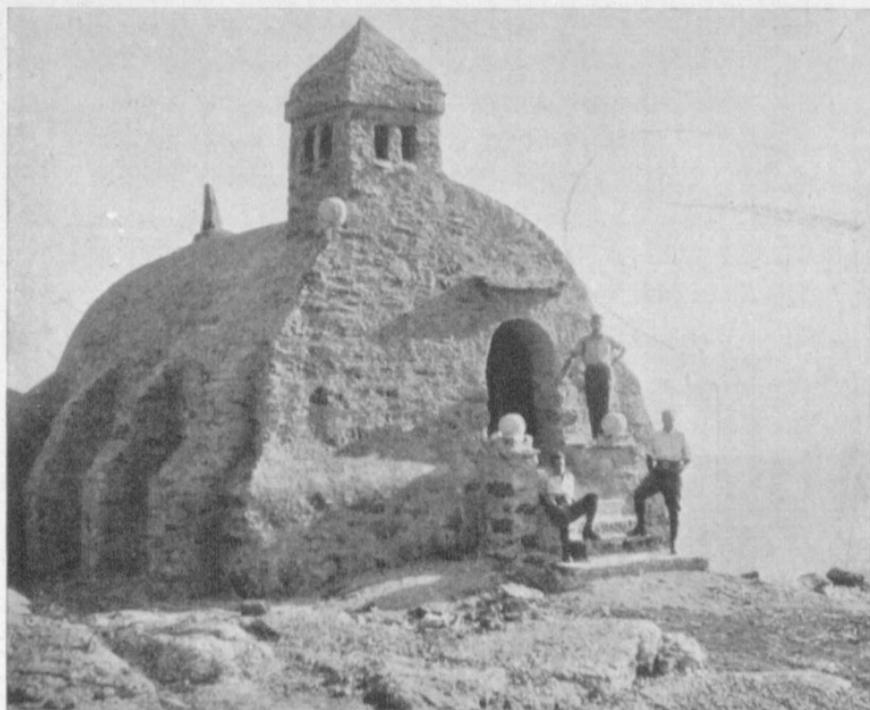
El aspecto de las zonas superiores de la montaña es más uniforme y, desde luego, menos abrupto; no ha de buscarse en las altas regiones de Peñalara agujas terminales, crestas y picachos, que tan comunes son en otros macizos de la cordillera y que culminan por doquier en el extraordinario circo de Gredos. La causa es la distinta naturaleza de la roca, que aquí se deshace en grandes y horizontales lajas.

Desde la cumbre de Dos Hermanas, contrafuerte situado al sur-suroeste de la cima principal, se asciende a ésta por una meseta de moderadas pendientes, más inclinadas al oeste; en invierno, espléndidos campos de nieve para el deporte del esquí, laderas que conducen a La Granja, cuyo caserío se divisa perfectamente, y al suroeste al frondoso valle de Valsaín. Por el contrario, al sureste toda esta alta región está limitada por el violento escarpe que constituye los acantilados circos meridionales de Peñalara.

La cumbre es una eminencia calva, inhospitalaria, centrada por un montón de piedras—vértice geológico—aumentado de continuo por los montañeros que a ella ascienden. La impresión que desde ella se recibe es maravillosa: la alta meseta segoviana esfumada en el horizonte, el campo castellano parece un mar gris y rojizo cubierto de brumas; abajo, sobre la mancha verde del pinar, La Granja. Más a la izquierda, la histórica Segovia y, esparcidas como pequeñas barquichuelas, aldeas y caseríos desdibujados por la distancia; los valles de Fuenfría, la serranía de la Mujer Muerta, el Montón de Trigo, los Siete Picos y, al fondo, las azuladas cumbres de Gredos. Por último, a nuestros pies, el luminoso valle del Lozoya, limitado

por la Cuerda Larga, cubierto de espesos pinares y robledales, entre los que se distingue la torre del monasterio del Paular, Rascafría; más distanciados, Oteruelo, Pinilla del Valle y, por último, la cortina norte que limita el valle con las Hoyas de la Sabuca y Berrocoso.

La vegetación de Peñalara es parecida a la de otras mu-



(Fot. J. Tinoco.)

Refugio Zabala en el macizo de Peñalara.

chas cumbres del Guadarrama: toda la zona comprendida entre los 2.000 metros, límite del pinar y la cumbre (2.430 m.), está desnuda de vegetación arbórea; los pinos que viven en el límite están achaparrados, adoptando grotescas y singulares formas en su continua lucha con las nieves y la áspera naturaleza de estas elevadas regiones. A mayor altura, la vege-

tación es escasa; las duras condiciones biológicas, el largo período de nieves (más de siete meses al año), conduce a que la vegetación se desarrolle inmediatamente a la fusión de las nieves, aprovechando los primeros calores estivales.

La pradería está entonces esmaltada con flores abundantes: el *Nardus stricta*, el *Narcissus nivalis* y las rojas armerias. Entre los peñascos, en las sombrías anfractuosidades de los acantilados, cerca de los arroyos, en la fresca sombra, crecen espontáneamente los amarillentos y verdosos helechos de recortadas hojas; cubren el suelo las turberas, masas oscuras medio descompuestas de musgos, y hasta las más atrevidas cornisas e inclinados murallones están manchados por las amarillas y verdes masas de los líquenes, que prestan esas coloraciones magníficas a los acantilados iluminados por las rojas luces del atardecer.

Por debajo de los 2.000 metros, el pinar (*Pinus sylvestris*), cada vez más espeso, comparte con el sarmentoso pino (*Sarothamnus purgans*), de olorosas flores amarillas, el dominio de las bajas zonas de la montaña.

La fauna es escasa; sus representantes en Peñalara son frecuentes en otros lugares del Guadarrama. Sin embargo, es típico en el macizo que describimos, entre los peñascos, al abrigo del sol y gustando de la humedad, la salamandra (*Salamandra maculosa*), de oscuro cuerpo manchado de amarillo y naranja, y el curioso sapo partero (*Halytes obstetricans*), cargado, con gran frecuencia, con la puesta de los huevecillos que lleva entre las patas.

ITINERARIOS.—Como puntos de partida para la visita del macizo de Peñalara podemos considerar los siguientes: Puerto de los Cotos, Rascafría y La Granja. Los tres de fácil acceso: al primero se puede ir por la carretera que nace en el de Navacerrada y que, siempre en línea de nivel, recorre siete kilómetros de una de las carreteras de montaña más pintorescas de la sierra.

Rascafría dista un kilómetro del monasterio del Paular. Es

pueblo de gran importancia en el valle, con automóvil de línea diario a Madrid.

Para La Granja son bien conocidas sus buenas comunica-



(Fot. E. H.-P.)

Canchal de la base del circo de Peñalara.

ciones, ya por la carretera de Segovia o por las de Villalba y Navacerrada.

Si seguimos el primer itinerario, una vez en el puerto de los Cotos continuaremos la senda que a la izquierda de la carretera nace, pasado el torrente que baja por la pradera del refugio Coppel y que en continuo zig-zag sube hasta un collado, desde donde se divisa el pico de Peñalara. Desde este lugar pueden seguirse dos direcciones: subir simplemente a

Peñalara por Dos Hermanas, recorriendo la pedregosa meseta superior, o bien visitar las lagunas del macizo.

Siempre avanzando hacia el pico, divisaremos, sobre atrevida cornisa, el precitado refugio Zabala, sencilla construcción muy a tono con el bravío paisaje; desde aquí a la Lagu-



Laguna y risco de los Pájaros

(Fot. J. Tinoco.)

na, el camino es fácil y descrito anteriormente. La ascensión a la cumbre desde la Laguna es fuerte y, desde luego, no recomendable a personas no entrenadas en trepar por rocas; el camino a seguir es: ascender primero por el canchal que hay a la derecha de la Laguna, mirando al acantilado, y ascender siempre con ligera inclinación hacia la izquierda. Es útil caminar con persona conocedora del paraje, pues de esta manera se economiza tiempo.

Para visitar la Laguna de los Pájaros, el camino directo desde Hoya Grande será: ascender por la áspera pendiente que a su derecha existe (morrena izquierda), dando la espalda al valle, y seguir por las planicies de pulimentada superficie (lamiaras), limitadas a izquierda y norte por el escarpe, denominadas Llanos de Peñalara, superficies desgastadas por el paso de los hielos vivientes, salpicadas por pequeños lagunazos y surcadas por abundantes arroyos que se producen al fundirse el hielo de las neveras, que en lo alto del rocoso murallón brillan al sol; pasada la Hoya de Pepe Hernando llegamos a la Laguna de los Pájaros, en la base del risco de igual nombre.

Desde los Cotos a la cima de Peñalara, tres horas y media no es tiempo exagerado a un paso regular y razonable, no a la desmedida marcha de los trotasierras.

El itinerario desde Rascafría es más largo y duro; por ello menos recomendable al excursionista que sale de Madrid. El recorrido es: Rascafría, fuente del Chorro y, por la senda de la derecha, al Carro del Diablo, la Redonda, La Cotera, hasta el mojón 26, desde donde se inclina la senda a la izquierda, y por ésta al puerto del Reventón, y por la cuerda hasta Peñalara, que siempre se ve al frente. Es excursión larga y que conviene realizar acompañado de guía conocedor del terreno.

El ascenso por la vertiente septentrional es fácil y más corto.

Al salir de La Granja se toma el camino que, por la denominada acequia de Peñalara y arroyo Carneros, deja a la derecha al Cerro del Moño de la Tía Andrea y luego a la izquierda a la Silla del Rey (1.693 m.); se atraviesa el arroyo Chorranca y el de Peñalara y, por la Majada Hambrienta, se alcanza la cumbre, después de cruzar las praderas de Peñalara.

Unas últimas palabras: Aconsejamos hacer la excursión con tiempo seguro, no en días tormentosos de verano, ni de ventisca o niebla en invierno; por experiencia sé lo peligrosas que son las tormentas en la poco resguardada cumbre de Pe-

ñalara, donde escasean los sitios en donde refugiarse; aquí no hay, como en otras montañas del Guadarrama, huecos entre las rocas, que sirvan de cobijo en caso de necesidad.

Los días aun frescos de últimos de mayo, son ideales en esta montaña; el aire serrano, cargado de las emanaciones de los piornos en flor; los neveros brillan al sol, rodeando la calva cumbre y, fundiéndose, dan lugar a mil hilillos de agua, originadores de espumosos torrentes.

La excursión en invierno, en días de nubes altas, con frío, nieve seca y sin viento, es para el esquiador día de grandes impresiones, que recordará mucho tiempo.